

exponer mis opiniones bajo la impresión de su lectura, y no me siento capaz de otra cosa.

Mahón, 6 octubre, 1904.

J. MIR Y MIR.

PREFACIO A «VIA LIBRE»

Mi admiración por la lógica tan sólida y el inatacable buen sentido de Anselmo Lorenzo, data de la época, ya algo remota, en que siendo yo un adolescente de menos de veinte años, y él un hombre en la flor de la edad, luchábamos juntos en *Acracia* contra los obstáculos que obstruyen la vía del progreso real y de la emancipación de la Humanidad.

Esta admiración ha ido aumentando en lo sucesivo, paralelamente con la amistad fraternal que, desde entonces, nos ha unido siempre. El libro al que estas líneas sirven de prefacio, probará á sus lectores cuán justificada es esta admiración mía, y al propio tiempo demostrará que una inteligencia robusta y sana puede seguir desarrollándose sin que los años, las enfermedades ni las persecuciones puedan detener su evolución progresiva.

De los obstáculos contra los que hace veinte años teníamos que luchar en *Acracia*, algunos

han desaparecido ya ante la enérgica embestida del proletariado consciente y revolucionario, al que han sabido prestar su concurso desinteresado una falange de pensadores, desdeñosos de las clases y de las distinciones sociales, de que hubieran podido aprovecharse si en ellos el amor de lo Verdadero y de lo Justo no hubiera prevalecido sobre el sucio y pringoso egoísmo.

Pero á medida que el terreno se despejaba de visibles y groseras obstrucciones, ciertos elementos perniciosos, unos incitados por intereses personales, otros obrando inconscientemente bajo la influencia de los primeros, han hecho surgir otros obstáculos, que son tanto más peligrosos cuanto que su carácter insidioso se ha disimulado bajo la pretensión hipócritamente manifestada de favorecer la marcha hacia la emancipación.

Contra estas últimas obstrucciones, que por menos visibles para la masa son más peligrosas, se levanta Lorenzo para darles el supremo golpe con su libro. A todos los charlatanes y vendedores de específicos, que para la curación de la enfermedad social proponen sus falaces métodos ó sus panaceas dañinas, el autor opone los principios científicos é inflexibles del determinismo, tan riguroso en su aplicación como los de la cirugía moderna.

Estuvo de moda durante algunos años criticar lo que se llama generalmente «las injusticias sociales», y que sería más justo escribir en singular: la injusticia social. Papas y emperadores se declararon socialistas con tanta sinceridad como la que empleaba el czar, cuando se presentaba como campeón de la paz en el momento en que preparaba la guerra ruso-japonesa. Otros más sinceros que los precedentes han creído ver en un cambio de régimen gubernamental, en una modificación del funcionamiento del Estado, en una transformación parcial del sistema capitalista, no ya un paliativo á los males actuales, sino hasta el remedio que aseguraría su curación.

Los partidos políticos que presentan al pueblo un método erróneo para la solución del problema social, se han multiplicado: llámense republicanos socialistas, demócratas cristianos ó social-demócratas, no hacen sino retardar el progreso social, y son tanto más terribles cuanto más cuentan en su seno con hombres de positivo valer, dotados, unos de habilidad páfida, otros, de funesta sinceridad en el error.

Refutar los errores de esos partidos políticos, es una parte de la tarea del autor, y me abstengo de decir con qué éxito, para dejar íntegro al lector el placer de seguir paso á paso el desarrollo

de su argumentación tan ceñida, tan convincente y clara.

En el resto del libro, Lorenzo se dirige contra obstáculos de una especie más formidable: las falacias económicas presentadas por sociólogos más ó menos bien intencionados, que creen ó aparentan creer que es posible sustituir el salario con una reglamentación de las condiciones del trabajo y una repartición más general del capital, ó ensalzando el ahorro y el establecimiento de instituciones de crédito popular, ó también suprimiendo el derroche de energías intermediarias por medio de la cooperación, en el consumo, primero, en la producción, después.

Lorenzo ha logrado demostrar perfectamente que todos esos paliativos han probado ya experimentalmente su total ineficacia en los diversos países donde se ha pensado en introducirlos. Por mi parte, he de decir á los que presentan á Inglaterra como un ejemplo de la bondad cooperativa, que harán bien en hojear las colecciones del *Clarion* y del *Labour Leader*, y encontrarán en casi todos los números de esas dos importantes revistas sociológicas, cartas de obreros empleados en las cooperativas, quejándose de que la esclavitud y la explotación son en ellas casi las mismas que en los presidios burgueses. La gran prosperidad

de las cooperativas inglesas se basa, pues, como la de los trust americanos, en la miseria y en los sufrimientos de los asalariados.

Bien sé que en ciertos países, en Bélgica especialmente, la situación del obrero cooperador no es tan mala, y admito de buen grado que la intención de los organizadores haya sido buena casi siempre; pero los resultados, desde el punto de vista del progreso social, han sido invariablemente nulos. Más aún; si se han realizado algunos progresos positivos en ciertos países respecto de la mejora del trabajo, han sido arrancados siempre por la acción revolucionaria de las sociedades obreras de resistencia; jamás se debieron á la acción política de los partidos parlamentarios ni á la acción económica de las cooperativas. No hay duda que las apariencias, en ciertos casos, parecen contradecir esta afirmación, pero no por eso es menos cierta. Lo positivo es que todas las medidas adoptadas por los capitalistas en favor del proletariado son resultado de las huelgas más ó menos generales y de tendencias revolucionarias, y hasta las mismas disposiciones gubernamentales elaboradas en sentido favorable, se han obtenido en épocas de agitación sindical ó revolucionaria, sin lo cual los discursos pronunciados por los elegidos en el Parlamento

hubieran quedado sin el menor efecto práctico. Y la cosa es cierta hasta para las reformas esencialmente políticas: los diputados del partido obrero belga, pedían inútilmente durante años y años el sufragio universal, y el día en que los obreros belgas organizaron la huelga general violenta, el gobierno se decidió á concederles esa reforma política, aunque mitigada por el voto plural.

Actualmente en Rusia, en las tinieblas más espesas de la reacción, el gobierno, atolondrado y loco desde la declaración de la «huelga crónica», no sabe qué concesiones imaginar para apaciguar al proletariado amenazador.

Hablar, en nombre del positivismo sensato y práctico, de mayor difusión del capital en esta época de trusts y de grandes compañías que absorben á los pequeños industriales y despojan legalmente á los pequeños propietarios, es sencillamente irrisorio. Toda la tendencia de la evolución capitalista actual, consiste en acumular en pocas manos toda la riqueza, venga de donde venga, sin que las fronteras opongán el menor obstáculo.

La cooperación no disminuye el número de los intermediarios, en atención á que ese modo de distribución es, si no más oneroso, al menos

igualmente costoso que el que tiende á generalizarse cada vez más en forma de grandes almacenes. Pero el defecto principal de la cooperación es de orden moral: la cooperación desarrolla invariablemente entre sus adeptos un feroz apetito de lucro, como se ha visto recientemente en la huelga de las obreras de la famosa *Wholesale Cooperative Company*, de Londres, donde las reclamaciones de las infelices explotadas vinieron á probar, por su sola enumeración, que la sociedad cooperativa en cuestión era un patrón tan rapaz, como el primer Comillas ó Rockfeller que se presente.

Contra todos esos peligros, nuestro incansable Lorenzo, siempre en su puesto, agita la linterna roja para señalar el «peligro en la vía». Cuando el peligro haya desaparecido, podremos mostrar la luz verde y gritar con él: ¡*Vía Libre!*

F. TARRIDA DEL MÁRMOL.

Londres, 25 agosto, 1905.

PREAMBULO

Usando una figura de dición muy generalizada, decimos que la *humanidad camina por la vía del progreso*.

Ese movimiento de avance en sentido de perfeccionamiento, es esencial á la naturaleza humana, que, no formada por un ser extra-natural, ni personificada en un Adán típico primitivo, sino reformada siempre por selección y evolución, se perfecciona constantemente.

Determinase ese movimiento por la necesidad en relación con los deseos dominantes, y mientras el fondo de las actividades progresivas concuerde con la esencialidad de nuestra naturaleza, ó la discrepancia no llegue al límite de tolerancia de esa esencialidad y sea susceptible de posterior reparación, puede haber vida y progreso más ó menos intensos; pero si la discrepancia es mayor, hay muerte segura para la colectividad humana que se halle en este caso.

A esto último hemos llegado: la civilización

actual progresa dentro de un estacionamiento absurdo y mortal. Proclámase la inmanencia del derecho humano á la vez que se conservan los privilegios de los tiempos de las castas, y mientras los señores privilegiados dan barniz moderno á la usurpación de que disfrutaban, miles y miles de hombres, desheredados de todos los beneficios del progreso y de todos los bienes de la naturaleza, continúan la no interrumpida condición del paria y del esclavo.

En la *vía del progreso* hay, pues, un tremendo obstáculo que el proletariado trata de destruir, y en esa obra trabaja con tenaz empeño hace ya medio siglo.

El hecho de proponérselo constituye por sí una garantía de éxito feliz: problema planteado, problema resuelto, se ha dicho con gran verdad. Mas con todo eso, los obstáculos opuestos al movimiento de avance, una vez destruídos, renacen con carácter insidioso, produciendo desviaciones, restando fuerzas, convirtiendo á los progresivos en estacionarios y aún en retrógrados, y contra ese mal se ha de aplicar la actividad con energía, tanto para detener su acción, como para atraer á los desviados á *la buena vía*.

Estas consideraciones me han impulsado á realizar el presente trabajo.

Quiero para mis compañeros y compañeras, las trabajadoras y los trabajadores, la libertad y la igualdad, y para todos los humanos la fraternidad; puedo decir, como el que tiene la casa de cristal, que no me impulsa á escribir lo presente ningún fin que no pueda declarar con la frente levantada; nada me costará reconocer en mis adversarios idéntica nobleza; más aún, no quiero juzgar sus móviles; pero, consígalo ó no, voy contra su obra con el propósito y con la intención de destruirla, harto de ver cómo se esclaviza todavía al obrero sobre la misma *vía de su emancipación*, hablándole *del ahorro*, de *la cooperación*, de *la política* y de *las reformas sociales*, abominables panaceas, que, con la virtud de la paciencia, someten al pobre á la expoliación y á la tiranía del rico.

Quiero evitar á todos mis compañeros la pena de la desilusión, la amargura del escepticismo, y pretendo que el que haga á la humanidad la ofrenda de sus energías intelectuales, pasionales y volitivas, llegue á la vejez y á la muerte con una conciencia pura y juvenil.

Por esto; porque quiero desobstruir *la vía del progreso*, doy la voz de

¡VÍA LIBRE!

*
* *

La actividad progresiva de la humanidad se determina y especializa según las necesidades y según las épocas, formando sucesivamente nuevos y justificados ideales.

Eso ha hecho decir por efecto de una observación incompleta, que detrás de cada ideal, por perfecto y remoto que se le suponga, hay un más allá que no se alcanzará jamás.

Afirmación pesimista y anticientífica, producto de la desviación burguesa, que convierte la evolución, que es perfeccionamiento y avance positivo, en ilusorio espejismo y que antepone la concepción de un individuo pensante á la totalidad de concepción de los pensadores de toda la humanidad.

En la época presente, por efecto de la evolución social efectuada, siéntese la necesidad de igualdad de condiciones sociales, ó de igualdad social: los trabajadores, que vivimos en un ambiente de promesas democráticas consiguiente al fracaso de la evolución, y aún pudiera decirse de la desviación cristiana, que no logró, por discordancia entre lo humano y lo cristiano, fundar una sociedad de iguales entre los que se conside-

nes del pensamiento y de la observación á los medios de producir y del trabajo comprado por un mínimo salario. Todo eso, comunmente llamado capital, verdadera riqueza social, está monopolizado, mejor dicho, usurpado, y la emancipación (1) que anhelan los trabajadores, es terminar de una vez y para siempre esa usurpación que les despoja de lo que como hombres iguales en derecho á todos los hombres corresponde.

Por la apropiación legal y lícita, pero injusta y abominable, el propietario de la riqueza natural, de la riqueza creada y de la riqueza creadora se apodera de todos los beneficios, de todas las gangas sociales; satisface hasta la hartura sus necesidades y sus vicios é impone á los despojados de esas riquezas la estrechez inicua del salario y la obediencia á su voluntad.

(1) *Emancipación* significa ponerse fuera de tutela.

Tutela, quiere decir protección ejercida por un tutor ó superior en favor de un menor ó inferior.

La palabra *emancipación*, adoptada desde La Internacional, no expresa bien el ideal del trabajador; porque si bien reconoce al emancipado su libertad, lo que al trabajador le priva de ella en la sociedad no es una tutela protectora y benéfica, ejercida por un tutor prudente y honrado, sino la explotación capitalista y propietaria, que es una forma modernizada de la esclavitud, en que los esclavos, declarados libres, se emancipan por sí mismos, si pueden, y si no, quedan reducidos á todos los vejámenes, á todos los oprobios y á todas las privaciones que trae consigo el salario.

Más que de *emancipación* se trata, pues, de *manumisión*, liberación de la esclavitud. No intento, por ello, cambiar la palabra; me basta con fijar la atención sobre su verdadero significado.

Por la expoliación constante, esencial y fundamental de la sociedad histórica y presente, estamos los trabajadores privados del desarrollo físico, intelectual y moral del tipo humano, y el conocimiento de ese menguado estado nuestro ha hecho surgir en nosotros la idea de emancipación.

En una palabra, bajo el nombre de propiedad se niega el derecho de propiedad en lo que pueda tener de justo y de legítimo; se legaliza la usurpación.

Los que dijeron «la propiedad es el robo», frase repetida por ciertos radicales como espantajo, y por conservadores con escándalo, se quedaron cortos; porque el hecho de existir en la sociedad privilegiados y desheredados, constituye la usurpación de la riqueza social, y usurpar es peor que robar, ya que usurpar participa de la idea de robo en cuanto significa despojar á uno de lo suyo contra su voluntad; pero envuelve además la de fraude, engaño, abuso, fuerza, y sobre todo perennidad.

Para concebir la enorme injusticia que esa usurpación legal, acatada y respetada por todos como cosa sacratísima, representa, forme cada cual un juicio entre lo que es el medio en que vive, y lo que según las aficiones y las apti-

tudes podría ser, si todas las fuerzas sociales le hubieran sido favorables. Completada la educación y la instrucción, contando con la dirección de maestros competentes; teniendo todas las facilidades para contemplar y estudiar los modelos y las obras maestras de cada especialidad; sin trabas para las iniciativas y las empresas; alentados por el éxito, las excitaciones y los aplausos, se podría llegar á gloriosa altura ó, cuando no, á dignísima medianía, con mérito propio y personal y muy distante de formar en el vulgo ignorante de nuestros días.

En resumen:

La tierra, como producto natural, es, para la razón, una riqueza social; mas para la ley es una riqueza individual.

El producto íntegro del trabajo, considerado como esfuerzo individual, si no se da á la comunidad á cambio de la satisfacción de todas las necesidades, corresponde al trabajador; pues la ley le despoja de tan legítimo beneficio, y lo da, por *accesión*, al propietario, á cambio de un jornal mínimo, reducido aún por la famosa ley de la oferta y la demanda al mínimo de jornal.

El trabajador, falto en la infancia de desarrollo físico é intelectual, pasa mísera vida de privaciones y dolores, y la ley *presume* que el propietario holgazán realiza todos los trabajos.

¿Saben los desheredados qué es la *accesión*? Según definición es «el derecho que el propietario de una cosa tiene á todo lo que ésta produzca ó se le haga producir, como también á la cosa misma.»

En una sociedad en que domina el concepto legal de la propiedad como lo instituyeron los romanos, á pesar de los siglos transcurridos, es natural que, con otro nombre y aún con variaciones que no afecten á su esencia, exista la antigua clasificación de *patricios* y *plebeyos*, y ya hemos visto, según la opinión de Waldeck-Rousseau, que tales continúan siendo los actuales *burgueses* y *obreros*. De modo que en nuestras leyes el ciudadano es el propietario: el registro de ciudadanía es, no el civil, donde constan todos los nacidos, sino el de la propiedad, donde constan todos los que poseen. El trabajador no es hombre legal, es fuerza productora, como la tierra, el agua, el aire, la electricidad, el vapor y todos aquellos accesorios que el propietario se apropia por *accesión*.

Al presentarse el proletariado en el mundo dando la voz de sus reivindicaciones, se produjo cierto estupor entre los privilegiados, que consideraban al trabajador como un esclavo eternamente degradado é incapaz de concebir el ideal

de su libertad; pero pasado el primer momento y al compás de las persecuciones iniciadas con las matanzas de los comunistas de París, se pensó en mixtificar aquella idea, despojándola de su ingénita y enérgica virtualidad, y á tal objeto se fijó la opinión en *las reformas políticas*; es decir, la gente del privilegio, no confiando exclusivamente en la fuerza, recurrió al astuto engaño, con buen éxito desgraciadamente por el momento, causando el enorme daño de esterilizar casi toda una generación de trabajadores respecto de la gran obra de emancipación del proletariado.

Ahora para comprender la responsabilidad en que incurren los que, por malicia ó candidez, obstruyen la vía del progreso en vez de dejarla libre, véase lo que en una cita de la *Evolución super-orgánica*, dice Renán: «Faltó muy poco para que no hubiera existido la Edad Media y para que la civilización romana hubiera continuado sin interrupción. Si las escuelas galo-romanas, hubiesen sido suficientes para hacer en un siglo la educación de los francos, la humanidad hubiera hecho una economía de diez siglos.»

Penetre esta consideración en la inteligencia de los que se suponen prácticos, y desvanézcase la preocupación que les hará ver el ideal positivamente nacional como sueños de visionarios.